

sobre estos dos acontecimientos del gran reinado, tan aviesamente contrahechos por *historiadores* — llamémoslos así — sin escrúpulos.

No concluyamos sin destacar un rasgo fundamental de esta nueva obra de Ballesteros Gaibrois: el fino cuidado puesto en discernir de la obra cumplida por los Católicos Reyes, todo aquello que, *strictu sensu*, fué obra particular de la Reina. Problema difícil ya que se sabe cuán identificados estaban los esposos en todo lo que fuere materia de gobierno y de realizaciones estatales, pero nuestro autor — con pulso de experimentado disecador — separa y escinde todo el hacer político, social, cultural de Isabel con tanta pulcritud, limpieza y convencimiento que es éste, sin duda, uno de los méritos más sobresalientes del libro.

Lo completa un rico Apéndice Documental; once mapas *Itinerarios* (de 1474 a 1504) que muestran *de visu* la prodigiosa actividad física de la sin par soberana; una abundante Bibliografía ordenada por sistema alfabético de autores y cinco índices orientadores.

Viene el libro precedido por un conceptuoso Prólogo del Excmo. Señor Gobernador Civil y Jefe Provincial del Movimiento de Segovia, Don Pascual Marín Pérez en el que cabe destacar la importante labor de índole histórica que realizan las *Publicaciones de la Excmo. Diputación Provincial de Segovia* de las que el propio señor Marín es director.

ARTURO BERENGUER CARISOMO

JUAN REGLÁ CAMPISTOL, *Francia, la corona de Aragón y la frontera pirenaica. La lucha por el valle de Arán (Siglos XIII-XIV)*. Premio Menéndez Pelayo 1948. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Escuela de Estudios Medievales. Publicaciones de la sección de Barcelona, núm. 13 (vol. I, texto, 322 pp., vol. II, documentos, 482 pp.), Madrid, 1951.

Este trabajo estudia, con la precisión que es habitual en la escuela de Vicens Vives, el conflicto que entre Francia y Aragón se produjo desde 1284 hasta 1313 acerca del valle de Arán. El valle, único entre los hoy españoles que pertenezca a la vertiente atlántica del Pirineo, sólo se comunica con la alta Cataluña a través de pasos que permanecen cerrados buena parte del año; la comunicación con las llanuras del Garona, que tiene su curso superior en el propio valle, es menos difícil. La población aranesa habla un dialecto gascón. Geografía y lingüística parecían, así, predecir para Arán un destino francés. Y sin embargo el rey de Aragón logró unir sólidamente al valle de sus dominios, y contó para ello con el apoyo más firme de los araneses. He aquí un hecho que quizá parezca menos misterioso si examinamos las cosas más de cerca.

Arán es un típico valle pirenaico; como tal constituye una muy firme unidad de población. Vive de la agricultura, de posibilidades no muy grandes,

y de la ganadería, con ganados que invernan en el valle y pasan el verano en las vastas praderas comunales de la alta montaña. La estrechez de la zona cultivable y el régimen de los comunales imponen límites muy firmes a la expansión demográfica: del valle parte una incesante corriente emigratoria. El valle no está por lo tanto aislado. Comercia en primer lugar con las comarcas vecinas: les vende ganado para cubrir su déficit agrícola. Pero — en los siglos aquí estudiados — esos contactos no son muy íntimos: sin duda el valle no desconoce la economía monetaria, pero la moneda circula mal en esa estructura económica para cuyas sencillas necesidades sirve el trueque con cabezas de ganado. No olvidemos tampoco que el valle es ruta de tránsito entre Tolosa y Cataluña. Finalmente, durante el verano, el pastoreo en la alta montaña pone en contacto, a menudo hostil, a los pastores araneses con los de los valles vecinos. El régimen señorial es casi desconocido en el valle; existe tan sólo en la zona inferior, en forma apenas marginal, y es visto con suma hostilidad por los araneses.

Desde fines del siglo XI, el valle, sometido a la doble influencia del condado de Comminges, con cuyo territorio se vinculaba, quizá, desde tiempos prerromanos, y de los de Ribagorza y Pallars, comienza a inclinarse hacia los condados que serán aragoneses. Pero sólo en una fecha incierta, poco anterior a 1175, los araneses se vinculan con Alfonso el Casto, de Aragón, por un convenio de emparanza. Así, mientras se defiende como puede de las amenazas de los más cercanos señores, y mantiene su vieja estructura, el valle se inclina a apoyarse en ese fuerte Estado aragonés, que surge tan precozmente del otro lado del Pirineo, y que sabrá defenderlo de las amenazas de los poderes señoriales. Esperanza que en los primeros años de dominio aragonés no se realiza. El valle no es, por ahora, sino un elemento más de ese dominio transpirenaico que los reyes de Aragón edifican laboriosamente. Como tal es cedido por tres veces a otros tantos señores del Midi, que a cambio de ello se reconocen vasallos de Aragón. Pero la batalla de Muret (1213) cambia por completo el cuadro: el dominio transpirenaico de Aragón cae en pedazos. El papel de Arán cambia radicalmente.

Ahora Arán no está ya en la retaguardia de los dominios aragoneses; cierra una brecha vital en la frontera pirenaica, tras de la cual unos señoríos que de pronto se han vuelto hostiles van cayendo uno tras otro en manos del rey de Francia. El valle debe estar por lo tanto sólidamente en manos del rey de Aragón. Este retoma el dominio útil, y promete solemnemente a los araneses no volver ya jamás a enajenarlo.

Situación que dura hasta 1284. Entonces, con motivo de la guerra que Aragón lleva en Sicilia contra los angevinos y el Papa, Francia, en guerra con Aragón, ocupa Arán. Años duros los de la ocupación francesa, en la que los araneses ven sobre todo el triunfo del conde de Comminges y el peligro de señoralización de todo el valle (y los señores ya existentes en él cuentan entre los escasos partidarios del rey de Francia). En 1298, alcanzada la paz,

el problema de Arán no es resuelto, queda el litigio sometido a la decisión del Papa, que retarda sistemáticamente su pronunciamiento. Mientras tanto el valle es puesto bajo la administración del rey de Mallorca. En su nombre se ejerce un gobierno débil, consciente de su propia interinidad e incapaz, por lo tanto, de una política definida. En 1313, finalmente, Felipe el Hermoso accede a que Arán pase a Aragón. Resta ahora unir sólidamente a este valle (que si se manifestó antes favorable al rey de Aragón era, quizá, porque se trataba del poder que más independencia estaba dispuesto a dejarle) con lo restante del reino. Es la tarea que encara Jaime II con tanto acierto que logra no enajenarse la buena voluntad de los pobladores del valle.

Pero para llegar a retomar el dominio de Arán ha debido el rey de Aragón librar un largo duelo diplomático con el de Francia. Este da largas, aquél, seguro de su razón (se trata de determinar si Arán estaba antes de la guerra de Sicilia en manos aragonesas o francesas) se arma de paciencia y espera. Tanta paciencia tiene su premio: vuelve Arán a la corona de Aragón, y con ello se cubre una brecha en esa frontera pirenaica cuya seguridad es indispensable cuando el reino se lanza a una atrevida política de expansión ultramarina.

Tan complicado juego diplomático, proseguido sin fatiga a lo largo de quince años, ha atraído la curiosidad de más de un erudito; más de uno también se ha extraviado buscando el hilo conductor en ese laberinto. Nuestro autor lo ha encontrado, luego de agotar los documentos del Archivo de la Corona de Aragón, y está en condiciones de guiarnos por tan complicados vericuetos con envidiable seguridad. Pero este largo duelo cancelleresco no puede ser resumido aquí: será preciso enviar al lector a los excelentes capítulos centrales del libro de Reglá. Encontrará en ellos un trozo de historia diplomática digna e inteligentemente narrado. Hallará también — lo que es quizá más importante — que el autor no olvida todo lo que da sentido a esas complicadas peripecias. Tiene bien presente, por ejemplo, cómo influye aquí la estructura social del valle y el deseo de los araneses de mantenerla. Y no olvida tampoco, a través de consideraciones geopolíticas en que vuelve a reconocerse la enseñanza de Vicens Vives, cómo junto con este valle pirenaico se ponen en juego aspectos fundamentales del destino de España.

El texto viene seguido de un segundo tomo de documentos provenientes del Archivo de la Corona de Aragón, que habrán de prestar sin duda buenos servicios. Quizá hubiesen sido también útiles — en un estudio en que la geografía y la geopolítica tienen a cada paso que decir su palabra — algunos mapas del valle y de su situación dentro de la cadena pirenaica.

TULLIO HALPERIN DONGHI.